

La baja de los precios del petróleo, largo intermedio hacia un nuevo mercado de energía

Pierre Desprairies*

"Puedo igualar nuestros precios a los del Mar del Norte. Y entonces veremos a qué nivel reduce sus precios Gran Bretaña. Y si lo bajan y yo hago lo propio, ellos mismos detendrán la reducción" (Zaki Yamani, *PW*, 17/7/85). El 13 de septiembre de 1985, en el Seminario de Oxford, Yamani dijo que si nadie hacía un esfuerzo para corregir el mercado, los precios bajarían a 18 o 15 dólares por barril de crudo.

Introducción

A principios de 1985 se acordó que en esta conferencia yo respondería a las siguientes preguntas: "¿resulta conveniente que el mercado petrolero sea estable? ¿Acaso es posible?"

* Presidente del Consejo de Administración del Instituto Francés del Petróleo. Conferencia dictada en el VII Simposio Internacional sobre Economía del Petróleo, organizado por el Grupo de Investigación sobre Economía y Energía de los Recursos Naturales, Universidad de Laval, Québec, del 6 al 8 de noviembre de 1985.

Después de reflexionar he llegado a la conclusión de que el acontecimiento más importante de los próximos años será la competencia entre el petróleo y otras fuentes de energía, pues el mercado mundial de energéticos está empezando a atravesar por una etapa opuesta a la de principios de los cincuenta. En esos años, el mercado petrolero fue invadido por las enormes reservas del Medio Oriente, descubiertas, producidas y vendidas en aquellos tiempos a costos y precios bajos. Las reservas todavía se encuentran ahí, pero el petróleo de ese origen se ha vuelto demasiado caro, en relación con sus rivales. El petróleo se está viendo forzado a dejar el mercado de combustibles y está tomando gradualmente el papel que desempeñó entre las dos guerras mundiales.

En otras palabras, el petróleo es un elemento cada vez menos autónomo en el mercado internacional de energéticos.

Casi todo el mundo coincide con la tendencia general que se manifiesta claramente desde 1981. En el lapso de unos cuantos meses, después de la segunda elevación de precios, y coincidiendo con el agravamiento de la recesión mundial, el mercado petrolero se transformó totalmente, volviéndose un mercado de compradores. Aunque los precios permanecen bajos por ahora, llegará el tiempo en que prevalezca un mercado de vendedores, con precios altos.

¿Surgirá en verdad esta tendencia? ¿En cuánto tiempo? ¿Se presentará en forma tranquila o mediante una serie de catástrofes? Estas preguntas podrían constituir temas de la discusión que se llevará a cabo en esta conferencia y en los cuales hago mi aportación.

Hoy

Actualmente, la tendencia a la baja del mercado petrolero parece duradera, por diversas razones generales del dominio público, así como por un motivo esencial que se aborda con menos frecuencia: los compradores —por definición los amos de un mercado dominado por ellos— obtienen una ventaja financiera decisiva al recurrir lo menos posible a la OPEP y obtener el máximo de suministros de fuentes ajenas a esta organización. Para contrarrestar esta tendencia, la OPEP tendría que reducir los precios a un nivel que provocaría el derrumbe del mercado. Éste es el problema más difícil del momento. Tratemos de exponerlo tan claro como sea posible.

Un mercado de compradores determinado por los productos refinados

Mientras los compradores sigan pensando que son factibles nuevas caídas de precios, persistirá el riesgo de que éstos sufran una disminución más severa. Los mecanismos que regulan el mercado han perdido mucho de su eficacia. Gracias a su actitud perseverante, la OPEP ha logrado disminuir la caída limitando la producción de sus países miembros; empero, ni la OPEP ni las compañías petroleras determinan los precios del petróleo crudo sino las miles de decisiones cotidianas de los consumidores de productos refinados de todo el mundo, en el sentido de llenar o no los tanques de sus fábricas, sus hogares y sus automóviles. De 1983 a 1984 los productos refinados elevaron de 15 a 25 por ciento su participación en el mercado mundial del petróleo. La sobrecapacidad de la industria productora y de las refinerías dio un tremendo impulso a este mercado. La expansión de la fórmula *net-back*, es decir, la venta de contratos de petróleo crudo, cuyo precio se determina en función del que alcancen los productos finales —fórmula a la que Arabia Saudita se jacta de haber llegado— es un buen indicador de esta situación. Otros países productores también han optado por este camino: Irak, Qatar, Irán e incluso China, y es probable que algunos más sigan el ejemplo. Nigeria discute la situación con las empresas petroleras en un esfuerzo para evitar este camino.

Razones generales para el descenso de la demanda

Durante muchos años seguirán actuando los factores que reducen la demanda mundial de energía y petróleo, a saber: la disminución del ritmo del crecimiento económico, el surgimiento de nuevos equipos ahorradores de energía, la tendencia en Occidente hacia una economía posindustrial que ha hecho descender el consumo de los países industrializados que encabezan la demanda mundial —sin que los países en desarrollo ocupen totalmente su lugar— y la explotación del gas natural, del carbón y de la nucleoelectricidad, que se ha vuelto mucho menos costosa que la del petróleo. El alza del dólar, moneda empleada para determinar los precios y pagar el petróleo, aumenta los ingresos de los productores del crudo, pero agrava seriamente el descenso del consumo, sin que un movimiento opuesto del dólar desencadene simétricamente la recuperación de ese consumo. En suma, durante el primer semestre de 1985, en comparación con el mismo período en 1984, el consumo mundial de petróleo se redujo 2.6 por ciento.

Razones generales para el incremento de la oferta

El aumento de la oferta de petróleo es una consecuencia de las alzas, tanto de los precios del crudo como del dólar, que han eliminado las restricciones de un segundo tipo de reservas mundiales, es decir, los numerosos pequeños campos petroleros de alto costo —15 dólares y más por barril—, particularmente los alejados de la costa y fuera de la OPEP, que hasta ahora no habían sido redituables.

Antes de la modificación del mercado, las capacidades de producción del Golfo Pérsico controlaban los precios. La caída de la demanda menoscabó el poder de Arabia Saudita, que no pudo disminuir su producción a menos de los 2 millones de barriles diarios (b/d) a los cuales ya se había bajado en el verano de 1985. Sin embargo, el Gobierno saudita corre el riesgo de afrontar revueltas sociales o políticas si no logra mantener en determinado nivel el crecimiento económico y de equipo del país, para lo cual requiere producir de 3 a 4 millones de b/d. De aquí su decisión de vender su petróleo a los ex-accionistas de Aramco sobre la base del precio de los productos refinados, es decir, con una reducción de 2 a 3 dólares por barril (25-26 en lugar de 28 dólares).

Esta situación es durable y peligrosa

Aparentemente, el excedente de las capacidades de producción va a prolongarse. Es muy poco probable que la demanda aumente más de 1 a 1.5 por ciento anual de aquí al año 2000, lo cual significa que permanecerá prácticamente estancada. De aquí a 1990, y quizá más adelante, los incrementos anuales de la capacidad productiva fuera de la OPEP aparentemente serán mayores que el aumento de las compras. No existe la certeza de que para el año 2000 la demanda a la OPEP alcance el nivel de su capacidad productiva que, según los pronósticos, será de 29 a 30 millones de b/d. Esta situación debería preocuparnos, aunque la actual reducción de precios parezca económicamente justificada. La desaparición de la OPEP acarrearía grandes riesgos de deses-

tabilización para la economía mundial y, sin lugar a dudas, representaría una muy mala noticia para la industria petrolera.

El meollo del problema: la preferencia por la producción de los países no miembros de la OPEP

Los países miembros de la OPEP y diversos observadores externos lamentan el absurdo económico de poner a producir a una tasa de 100% yacimientos petroleros que en su mayor parte no pertenecen a la OPEP, especialmente los del Mar del Norte, cuya explotación comenzará a declinar en unos 5 o 10 años y cuyos costos de producción fluctúan entre 5 y 15 dólares por barril, mientras que los del Medio Oriente producirán durante unos 100 años, a un costo de un dólar por barril. Durante la Tercera Conferencia Árabe sobre Energía, celebrada en Argelia en mayo de 1985, Robert Mabro, de Oxford, dijo que "la fuente de todos los problemas radica en el papel de productor residual que la OPEP se ha visto forzada a adoptar, sin contar con la ayuda de los productores no miembros de la OPEP". Resulta evidente que una declaración de los productores del Mar del Norte en la que señalaran el propósito de disminuir su producción en 5% haría más en favor del fortalecimiento del mercado que el anuncio de una reducción de 20% de las cuotas tope de la OPEP.

Esta preferencia responde a una necesidad financiera de las compañías

Desafortunadamente, es en extremo difícil resolver este problema central. Nos encontramos en una economía de mercado. No son los profesores de economía sino los comerciantes quienes escogen a los abastecedores, y su profesión consiste en comprar donde encuentran mayores utilidades para sus negocios. Cuentan con dos razones decisivas para no dirigirse a los vendedores del Golfo. Los países no miembros de la OPEP respetan los precios oficiales, y los compradores consiguen una ventaja de uno o dos dólares por barril comprándole a, digamos, Brent, en el Mar del Norte, que vende su producto con descuentos. Esto último, y especialmente las nacionalizaciones de los años setenta, han provocado que las empresas ya no encuentren ventajoso comprar el crudo del Golfo. El alza de precios, sobre todo la elevación de los impuestos en el Medio Oriente, ha producido el doble resultado de fomentar la explotación por parte de las empresas petroleras no pertenecientes a la OPEP, especialmente las del Mar del Norte y, por otro lado, el de permitir que éstas obtengan una ganancia real de tres a cinco dólares por barril —aun de siete dólares en Alaska— dado que los gobiernos occidentales, que no tienen que afrontar el problema del desarrollo y cuentan con impuestos al consumo, no han sucumbido a la tentación de sobregravar la producción. Con todo —y es éste el punto esencial—, las empresas, que son las compradoras de los países industrializados, también se han convertido —en su gran mayoría durante los últimos diez años— en productoras no pertenecientes a la OPEP. Así han recuperado las utilidades de producción que requieren para su existencia, que habían desaparecido en el Medio Oriente. Las ventajas más notables del petróleo de Brent (su proximidad y calidad) se vuelven secundarias en comparación con las que representan el precio y la utilidad.

Así pues, esta situación no es accidental, ni temporal o política. Es el resultado de la elemental ley económica de que las inver-

siones y la producción son una secuela de las utilidades, donde éstas existen. De 1950 a 1970 la combinación de precios, estructura fiscal y costos de producción era tal que precisamente en Estados Unidos y en el Medio Oriente era donde sucedían los acontecimientos más importantes. Esta misma combinación de elementos coloca ahora el centro de la acción en Estados Unidos y en los países no miembros de la OPEP.

Los cambios difícilmente reversibles de los setenta en el ámbito de la propiedad de los campos, de la estructura fiscal y de precios, han conducido a la proliferación de la producción de no miembros de la OPEP y a la neutralización del Medio Oriente. Los embarques del Golfo a Europa se han reducido a un nivel muy bajo. Si los productores del Golfo quisieran convencer a los compradores europeos que también son productores en el Mar del Norte para que volvieran a recurrir a los suministros del Golfo, tendrían que reducir sus precios de venta no sólo para igualar los descuentos que existen en el mercado sino también las utilidades originadas en la producción del crudo. Esta última igualación no sería del orden de dos dólares sino, más bien, de cuatro o seis.

Naturalmente, los productores del Golfo están en posibilidad de hacerlo. En términos económicos, un productor con un costo de producción de dos dólares puede barrer a un rival que produce a diez pero nos encontramos aquí en el terreno de la política y no de la economía. Los países productores del Golfo sólo pueden dudar durante algún período antes de reducir sus precios a 23 o 22 dólares.

El derrumbe de los precios, un panorama catastrófico

Supongamos que de aquí al 1 de marzo de 1986 el crudo árabe descende a 22 dólares. Esto no es imposible si Arabia Saudita eleva su producción de 3 a 4.5 millones de b/d. Los países productores densamente poblados que viven del petróleo y están agobiados por las deudas —Nigeria y México que, como este último dice, "hoy produce petróleo sólo para pagar a los bancos"— se encuentran a las puertas de la bancarrota. Se ven tentados a disminuir los precios para mantener un mínimo de ingresos vitales, o bien a optar por una moratoria de sus deudas externas. Quizá el Gobierno británico estudie la posibilidad de reducir la estructura fiscal petrolera para evitar la disminución de la producción. Con demasiada frecuencia se olvida que la catedral de la economía del petróleo está construida sobre la arena del gravamen fiscal, que llena un amplio espacio entre el fondo sólido del costo del petróleo crudo y el techo de la nave que es el precio de venta. Varios bancos irían a la bancarrota, particularmente en Estados Unidos, donde muchos están muy embrollados con los países productores de petróleo. Los países progresistas de la OPEP, densamente poblados y con pocas reservas, tal vez se separarían de la organización. Las empresas petroleras, cuyo efectivo líquido disminuiría en 30 o 40 por ciento, reducirían el ritmo de explotación de los campos; la industria de equipos y servicios petroleros, así como la industria petrolera en general entrarían en una fase de recesión fatal.

La producción actual no podría detenerse y continuaría, a un costo marginal. ¿Cuál será el límite? ¿20, 18, 15 dólares? Los análisis de Asociados de Investigación Energética de Cambridge (CE-RA), muestran que la competencia procedente de fuentes ener-

géticas no petroleras se neutralizará sólo si el precio del petróleo cae a 18 dólares, que resultaría insoportable tanto para los países productores como para las compañías. A 15 dólares, con el nivel actual de impuestos y en ausencia de derechos de aduana, empezarían a desaparecer las empresas cuyos costos de producción fueran altos. Las menos poderosas se arruinarían y serían compradas por las más grandes. ¿Qué pasaría con los precios del gas natural? ¿Acaso se unirían a este proceso? ¿Qué sería del comercio internacional si los países productores de petróleo redujeran abruptamente sus compras en los países industriales? ¿Compensaría el poder de compra de los países compradores del crudo las pérdidas de los países exportadores de equipo? ¿Podría esperarse que Estados Unidos, Gran Bretaña o Noruega no recaudaran impuestos de importación para continuar produciendo, para equilibrar sus cuentas comerciales y mantener a flote sus presupuestos? ¿Qué ocurriría con los presupuestos de Arabia Saudita o de Irak? ¿No se aprovecharía de esta situación el fundamentalismo islámico? ¿No surgirían desórdenes políticos en los países productores de petróleo? ¿No estaremos dando rienda suelta a nuestra imaginación en cuanto a un panorama tan sombrío?

De hecho, la situación es peligrosa. No existe un mecanismo económico para detener la reducción de los precios del crudo, ya que el costo marginal de la producción es insignificante y el margen de reducción fiscal es muy amplio. Tal vez un descenso a 20 dólares diera lugar a una ronda de compras, pero no muy larga, excepto en el caso de unos cuantos países industriales equipados para la operación energética dual. La caída reduciría el ritmo de inversiones en conversión y conservación energética, y esto haría bajar la oferta del petróleo no perteneciente a la OPEP, pero sólo después de 4 o 5 años, si no es que más. El gravamen sobre el petróleo crudo importado incrementaría la congestión del mercado y conduciría a caídas posteriores.

Las presiones a la baja son poderosas

Sin embargo, muchos de los actores del mercado están ejerciendo presiones para que se produzca una caída. Entre otros, todos los gobiernos de los países compradores de petróleo, en primer lugar, y en especial los de los países en desarrollo para los que el hidrocarburo, pese al descenso de su precio, sigue siendo una de las principales cargas sobre su balanza de pagos; también hay que incluir —y esto resulta sorprendente— a los países ricos productores de petróleo, como Estados Unidos o la Gran Bretaña, que intentan revivir el comercio mundial. Se dice que las grandes empresas petroleras estadounidenses se muestran indiferentes con respecto a reducciones que no coloquen el precio por debajo de los 22 dólares en promedio, tomando en consideración la estructura del impuesto especial sobre sus ganancias. Las empresas refinadoras, que ya no saben cómo financiar la adaptación de sus instalaciones para ir a la par con el mercado, esperan con impaciencia una reducción. Por su parte, la Unión Soviética y los pequeños productores del Tercer Mundo necesitan vender urgentemente su petróleo para comprar alimentos y equipo industrial. Irak, gracias a sus nuevos oleoductos, desea incrementar en gran medida su producción en el plazo más breve posible para pagar sus gastos de guerra. Nigeria acaba de sufrir un golpe de estado cuyo propósito es agilizar su desarrollo económico y, por ende, quizá también su producción petrolera. Las consecuencias en cinco o diez años de una reducción de precios, que ha-

rían nuevamente a los países industrializados depender del Golfo no parecen interesar a nadie. Cinco años son una eternidad. Las decisiones de las empresas petroleras son pragmáticas y consisten en recoger ingresos en abundancia mientras el mercado lo permita. Cabe temer que las empresas y los gobiernos occidentales sólo reaccionen después de que se haya desencadenado un vigoroso movimiento a la baja, con el riesgo de que sea ya demasiado tarde.

Naturalmente, todo esto podría no ocurrir. El jeque Yamani y los líderes de Arabia Saudita dudarán mucho antes de abrir la caja de Pandora de un movimiento a la baja. Si las cosas se ponen muy difíciles, ¿no hablarán los gerentes de las empresas petroleras, a pesar de todo, con sus respectivos gobiernos para tratar de obtener su permiso de reconsiderar la situación con sus colegas y después tomar la iniciativa para proponer una reunión con la Agencia Internacional de Energía (AIE) e intentar prevenir la ruina de la industria?

¿Derrumbe o no? La respuesta es cuestión de opiniones

Nadie puede afirmar con certeza si el mercado llegará o no al punto del derrumbe de precios. La respuesta es cuestión de opiniones o de temperamento. Los pesimistas podrán decir que la industria mundial del acero no fue capaz de evitar la competencia suicida, y que la competencia que se da entre refinadores y distribuidores de petróleo en muchos países europeos constituye otro ejemplo de rivalidad despiadada. ¿Por qué habría de ser invulnerable la industria petrolera? Los optimistas, por su parte, dirán que su catedral está construida sobre la arena del gravamen fiscal, la cual es un excelente material de cimentación, dado que es uno de los más incompresibles. Después de la reunión celebrada en Londres en marzo de 1983, en la que se hacía frente al mismo peligro de un derrumbe de precios, sobrevino una especie de "estado de gracia" que se prolongó hasta el otoño de 1984. Las empresas petroleras, los gobiernos y la Unión Soviética, sin ningún convenio por escrito, pero discretamente y en concierto, actuaron de manera que se mantuviera el nivel de precios. Por una parte se desaceleró la promoción de ventas, pues los compradores habían disminuido el ritmo al que consumían sus inventarios. La alianza natural entre los gobiernos de los países productores y las empresas petroleras es muy poderosa: unos y otras viven de los ingresos del petróleo crudo. Es necesario creerlo, a pesar de que, después de su reunión de julio de 1985, la AIE afirma ahora que se niega a dialogar con la OPEP, y pese a que a fines de septiembre el gerente general de la Shell, del Reino Unido, declaró públicamente que los productores del Mar del Norte "venderán su crudo independientemente del precio que ofrezca el mercado".

Puede mantenerse la esperanza de una reducción limitada

El asunto se encuentra en discusión. En el futuro inmediato nadie llevará las cosas al punto del derrumbe, pero la situación del mercado será tal que la OPEP tendrá que librar una difícil batalla en la retaguardia para limitar excesos de sobreproducción, sin evitar que los precios continúen bajando, probablemente a menos de 25 dólares. Debemos conservar la esperanza de que la razón

triunfará cuando se establezcan los precios en alrededor de 20 dólares. El problema consiste en que, al ajustar los niveles de compras, de producción, de la estructura fiscal y de precios, de manera que se evite el temido derrumbe, los gobiernos de los países productores y compradores, así como las empresas petroleras, tendrán que actuar algún día en forma más o menos conjunta. Tal vez los europeos podrían desempeñar un papel muy útil. No tienen un impuesto sobre las ganancias petroleras excesivas o una legislación antimonopolística, y su actitud liberal posee toques de herejía dirigista. Dentro del contexto de indiferencia que ha prevalecido en los últimos meses, diversos directores de empresas europeas expresaron públicamente su alarma ante los peligros de una vertiginosa caída en las condiciones actuales. En caso de riesgo, la CEE podría intervenir con la autoridad necesaria. Las negociaciones que ha estado llevando a cabo pacientemente durante meses con el Consejo de Cooperación del Golfo, en relación con la importación de productos refinados, podría colocarla en posición para hacerlo.

Mañana y pasado mañana

Parece necesaria una mayor caída de precios para desencadenar un alza

¿Cómo y cuándo se revertirá el mercado, para transformarse de uno de compradores a otro de vendedores? Si el precio se reduce en forma duradera a 15 dólares, o sólo llega a 23 dólares, son dos variantes del mismo panorama de una reducción seguida de un aumento. Cuanto más pronunciado y prolongado sea el descenso, más se retardarán las inversiones en la independencia energética y mayor será la reacción ascendente de los precios.

Parece muy probable, tomando en consideración la naturaleza del ser humano, que tengamos que pasar por una caída más o menos pronunciada a alrededor de 20 dólares para que el mercado se estabilice. El acontecimiento que podría dar lugar a que las empresas modificaran su actitud y cooperaran para la estabilización bien podría ser una ruina bancaria, un golpe de estado en un importante país productor o un sistema tributario excesivo para los productos refinados en los países industrializados. Según parece, tendremos que esperar a tocar fondo y sentir miedo a ahogarnos para empezar a hacer movimientos en sentido positivo.

El período de estabilización de precios

De cualquier manera, mientras haya sobrecapacidad de producción, los precios se verán en grandes dificultades para liberarse de un nivel de estabilización que presuntamente se encuentra entre 20 y 25 dólares, incluso si de vez en cuando surgen aumentos repentinos como consecuencia de espectaculares bombardeos de terminales en el Golfo, de un descenso del valor del dólar, de una reducción de las ventas soviéticas o de un aumento de las ventas estacionales a fines de 1985. La aceptación de un compromiso en cuanto a precios y niveles de producción entre los países productores de la OPEP y las empresas petroleras —al que tendría que llegarse en caso de peligro inminente— sigue considerándose un tipo de convenio impuesto por necesidad, que Scho-

penhauer atribuye al animal racional: "los puercoespines que tenían frío en verano y debían acercarse unos a otros, encontraban la distancia en la que ni sentían mucho frío ni se lastimaban demasiado".

La reversión del mercado

La reversión del mercado implica que la aceleración del crecimiento económico mundial sea lo suficientemente vigorosa como para mantener el incremento en la demanda de energía. El crecimiento constituye una condición necesaria, pero insuficiente. Ni siquiera un crecimiento intenso (3% anual) podrá impulsar la demanda del petróleo procedente de la OPEP más allá de 20 millones de b/d antes de 1992-1993. De hecho, las inversiones en independencia energética simplemente se pospondrán, pero no serán suprimidas. Las fuentes energéticas rivales son de 25 a 60 por ciento menos caras que el petróleo y los consumidores dudarán mucho antes de regresar a este combustible. Además, la instalación de equipo que consuma menos energía no parece estar influida por el nivel de precios del petróleo.

No aumentarán los precios hasta que disminuya la producción de países no miembros de la OPEP

Aparentemente, para que la OPEP sea otra vez una fuerza de cohesión y haga que los precios se eleven en forma gradual, es necesario que la demanda llegue a 22/23 millones de b/d. Esto puede compararse con la actual capacidad de producción de 27 millones de b/d, con posibilidades para llegar a 29/30 millones de b/d. Para esto sería necesario que las capacidades de producción de los no miembros de la OPEP ya no cubrieran la demanda. De acuerdo con los pronósticos, de aquí al año 2000 la demanda promedio aumentará de 1 a 1.5 por ciento anual. Esto significa que en los próximos años la demanda se mantendrá prácticamente estancada. Para simplificar un poco las cosas, puede decirse que los precios empezarán nuevamente a subir sólo cuando la producción petrolera de los no miembros de la OPEP comience a debilitarse. Ésta es la modificación básica que trastocará el mercado. ¿Cuándo se llevará a cabo? La producción soviética disminuyó 3.5% de los primeros ocho meses de 1984 al mismo lapso de 1985 y resulta muy poco probable que se pueda evitar el estancamiento o incluso la disminución en los próximos cinco o seis años. La producción británica, pese a la apertura de pequeños campos, podría empezar a declinar —tal vez lentamente— entre 1990 y 1995. Pero Noruega ha anunciado su intención de incrementar su producción petrolera, con objeto de contrarrestar probables retrasos del arranque de la producción en sus yacimientos de gas. Empero, y sobre todo, nuevos productores no miembros de la OPEP están apareciendo o lo harán en años próximos: Egipto, la India, Brasil, Colombia, Argentina, Malasia, China, Congo, Angola, Siria, Yemen del Norte, etc. Probablemente estos países se encuentren preparados para, en caso necesario, sacrificar impuestos a fin de mantener su producción. Todos estos pequeños arroyuelos terminan por formar un ancho río. Un estudio reciente (1985) del Chase Manhattan Bank indica que existe consenso entre 22 empresas en el sentido de que la producción petrolera no procedente de la OPEP se estabilizará en su nivel actual de aproximadamente 36 millones de b/d de aquí al año 2000 (incluyendo a los países socialistas), con incrementos en el Ter-

cer Mundo y sobre todo en América Latina, lo cual contrarrestará los descensos de la producción de Europa y Estados Unidos. Sin lugar a dudas, la reducción de precios retrasará la explotación de muchos nuevos campos, cuya producción se ha vuelto demasiado costosa, y hará más breve el reinado del petróleo no procedente de la OPEP; empero, las empresas no dejarán de explorar buscando más petróleo, porque esto constituye la garantía relativamente barata del futuro, y tampoco detendrán los proyectos suficientemente avanzados ni la explotación de campos baratos, ya que aún quedan algunos.

Con todo, sería muy riesgoso dar por hecho que la producción ajena a la OPEP disminuirá antes de 1995, excepto si los precios descienden vertiginosamente y si los productores no miembros del cártel no establecen impuestos a la importación. El precio mundial del petróleo crudo y la eventual recaudación de impuestos a la importación constituyen las dos variables que regirán la explotación del petróleo no procedente de la OPEP.

El aumento de los precios es inevitable

Aunque el incremento de precios no se presente antes de que disminuya la producción no procedente de la OPEP, parece inevitable como consecuencia de la reversión de la demanda, de la lentitud de la renovación de reservas y del incremento del precio de fuentes energéticas competitivas. La probable disminución de los precios del petróleo y del valor del dólar retardarán el ritmo de los programas tendientes a lograr la independencia energética. Precisamente, esta disminución reducirá las fuentes de capital de los negocios destinados a financiar la exploración y explotación, cuyos costos continuarán aumentando. El costo actual de producción de un nuevo barril de petróleo es con mucha frecuencia de entre 15 y 20 dólares, en comparación con los 5 a 10 dólares del decenio pasado. Según el estudio del Chase Manhattan Bank, en 1982 y 1983 se registró una reducción de más de 20% en inversiones para exploración y explotación de las empresas. De manera similar, durante algún tiempo algunas compañías importantes tendrán que seguir compensando las compras de acciones que resultan de las fusiones que se han estado llevando a cabo en los dos últimos años. La intención de la mayoría de las empresas es continuar dedicando una proporción considerable de sus recursos de capital a la compra de rivales o de reservas ya disponibles. Más que corriendo riesgos en proyectos de exploración, los derechos a las utilidades se compran directamente en el mercado financiero. Esta es una de las pautas de política que parece haber adoptado la Exxon: la de readquirir sus propias acciones en el mercado, como se decidió en julio de 1983. Desde entonces ha dedicado 5 000 millones de dólares a dichas compras y considera que ésta es la mejor forma de procurarse reservas existentes a menos de 3 dólares por barril. Un barril de petróleo viejo dentro del yacimiento puede comprarse por 7 u 8 dólares, mientras que uno de petróleo nuevo, por descubrirse y quedar listo para la producción, cuesta de 12 a 15 dólares. La Shell también ha optado por ese camino, empleando otros 5 000 millones de dólares para adquirir 30% del capital de su subsidiaria estadounidense. Eventualmente se acentuará el ritmo decreciente de la renovación de las reservas mundiales. La revaluación de reservas previamente descubiertas ya representa una participación cada vez mayor de esta renovación, de acuerdo con lo que se ha visto en los últimos 15 meses.

El ritmo del aumento se retardará durante mucho tiempo, por la competencia de fuentes energéticas no petroleras

Ya sea que este aumento se inicie después de 1990 o de 1995, el movimiento ascendente de los precios del petróleo siempre se verá detenido por las ventas de fuentes energéticas competidoras. El gas natural se mueve hacia un precio de 18 a 20 dólares por barril de equivalente de petróleo. El precio del carbón entregado en Europa Occidental está en alrededor de 13 o 14 dólares el barril equivalente de petróleo, y el combustible nuclear equivalente está en 10-11 dólares. La actual tendencia descendente del uso del petróleo y la débil tasa de crecimiento económico, que reduce las inversiones en procesos de conversión, disimulan la poderosa presión que dichas fuentes energéticas ejercerán sobre los precios cuando se restablezca el crecimiento económico y cuando los precios del petróleo empiecen nuevamente a ascender.

El gas producido en los países consumidores o en países cercanos será probablemente el más importante rival del petróleo. Existen enormes reservas en países con gran urgencia de producirlo y que no están lejos de los mercados. El gas no requiere casi ningún equipo nuevo por parte de los usuarios y las reducciones del precio ganan fácilmente su preferencia. De acuerdo con algunos estudios (*P/W*, 2/IX/1985), en los próximos años el gas podría adueñarse en Europa de 1.5 millones de b/d de petróleo equivalente del mercado petrolero, especialmente en lo que respecta al combustible que se usa para la calefacción doméstica. Noruega tendrá que realizar las reducciones requeridas de la producción del crudo para vender gas de Troll. Aparentemente, el gas está predestinado a desarrollarse en el Tercer Mundo, precisamente en los países que cuentan con reservas o se encuentran cerca de ellas, sobre todo desde que existen nuevas técnicas para transformar el gas en combustible y, lo que es más importante, en destilados medianos a un costo aceptable.

El gas podría inundar con mucha rapidez el mercado de combustibles y atacar el mercado petroquímico si aumentan los precios de la nafta y de los líquidos de gas. Por otra parte, los proyectos intercontinentales más importantes, que requieren inversiones muy cuantiosas, probablemente tendrán que posponerse hasta que se presente un vigoroso y definido aumento de precios del petróleo, excepto en el caso de mercados con necesidades muy específicas, como el de Japón.

Actualmente ya sabemos cómo utilizar el carbón sin poner en peligro el ambiente, pero el equipo necesario para lograrlo (calderas especiales), aun si su costo es razonable y se amortiza rápidamente, tiene que ser financiado por el consumidor, ya sea el productor de electricidad o el industrial. Por ende, la competencia del carbón queda rezagada en comparación con la del gas. El consumo de carbón aumentará con paso más firme, pero más lentamente, dado que obedece a la suma de miles de decisiones por parte de las empresas.

La electricidad generada por energía nuclear tiene más obstáculos que vencer, como el terror que provoca la energía atómica, la necesidad de concentrar las tomas de energía y las costosas inversiones. Probablemente su desarrollo no se promueva hasta que se presente un aumento apreciable en los precios de la ener-

gía—con el precio del petróleo arrastrando a los del gas y del carbón. Estos acontecimientos sacarían a la luz las enormes ventajas de esta fuente energética y los temores desaparecerán gradualmente. El estudio de *PIW* mencionado pronostica la sustitución de 600 000 b/d de petróleo combustible pesado en Europa como consecuencia del empleo de carbón y el desarrollo de la energía nuclear, por partes iguales.

El Tercer Mundo y los productos blancos como motores del mercado

Así pues, el orden de sucesión aparece bastante claro, una vez que inicie su marcha el tren energético. Durante muchos años, por lo menos hasta el 2000, el petróleo y su precio seguirán siendo los elementos que determinen los cambios y rijan su velocidad. La demanda de productos refinados derivados del petróleo, especialmente la de productos blancos, arrastrarán la demanda energética de todo el mundo, incluyendo las necesidades de transporte aéreo y terrestre, así como las del Tercer Mundo. Es una locomotora muy pequeña, tomándose en consideración las dimensiones del convoy, pero pronto adquirirá velocidad. Antes del año 2000 no podrá controlarse el crecimiento demográfico y, ante la falta de infraestructura, la población mundial que tendrá que recurrir al petróleo representará tal vez tres cuartas partes o cuatro quintas partes de una población mundial de 8 000 millones de personas, a 40 años de distancia. Ahí se encuentra la tajada más grande del pastel para el futuro mercado del petróleo. De aquí al año 2000 solamente el Tercer Mundo representará la mitad del crecimiento de la demanda mundial, incluyendo a los países socialistas (7 millones de cada 14 millones de b/d). Estas nuevas necesidades consistirán fundamentalmente en destilados medianos. El "blanqueamiento" del mercado, como se le ha llamado, se llevará a cabo mediante etapas de incrementos de precios. La construcción de plantas de conversión profunda, cuyo costo de inversión es de alrededor de mil millones de dólares, se acerca al de una planta generadora de energía nuclear, a menos que la inventiva de los refinadores encuentre la forma de hacer una transición continua. Así pues, el aumento de los productos blancos provocará el incremento de los precios del petróleo combustible pesado; las plantas de conversión llegaran a ser cada vez más las usuarias principales del petróleo.

El transporte marítimo, que puede valerse provisionalmente del petróleo combustible de grado más bajo, será tal vez el último bastión del petróleo combustible pesado, antes de que ceda su lugar en el mercado al carbón, al que había desplazado durante el primer cuarto de este siglo. Para entonces el trayecto del petróleo habrá completado un círculo.

Durante todo este período de reconversión a fuentes energéticas no petroleras —que promete ser muy largo— los vendedores de petróleo crudo irán poco a poco ganando terreno nuevamente dentro del mercado. Serán los precios de los productos refinados, reducidos por la presión de la competencia del gas natural y del carbón, los que regirán el precio del petróleo crudo.

Así pues, parece que es posible distinguir tres períodos yuxtapuestos en la evolución del mercado, a partir del momento en que los precios del petróleo se estabilizan. El primer período será

de estabilización y aumento vacilante, que seguirá bajo el dominio del petróleo no procedente de la OPEP, hasta que se debilite esta fuente de producción. El segundo constará de un aumento más pronunciado, por conversión a gas y carbón de los mercados de combustibles y petroquímicos. El tercero se iniciará cuando los productores vuelvan a poseer la supremacía absoluta de que gozaron en los años setenta; este período podría llamarse el del *petróleo blanco*.

La competencia de fuentes energéticas no petroleras se debilitará con la eliminación del petróleo como combustible, y el petróleo recuperará la supremacía en su propio terreno.

El margen de competencia que ejerzan las fuentes energéticas no petroleras sobre el petróleo tenderá sin lugar a dudas a disminuir con el incremento de la demanda de gas natural y carbón, y con el incremento de los costos de inversión y producción que requieren dichas fuentes. Al mismo tiempo, la ley de la disminución de rendimientos hará que los nuevos equipos ahorradores de energía sean cada vez menos eficientes en términos de costos.

La última fase de la evolución será la soberanía absoluta del petróleo, reconquistada dentro de su propio terreno, donde la energía líquida resulta insustituible. Ya no habrá ninguna puerta de escape hacia otras fuentes energéticas para los consumidores de "petróleo blanco", a menos que surja un descubrimiento tecnológico tan revolucionario que permita, por ejemplo, el almacenamiento de electricidad en baterías ultraligeras y ultrapequeñas. Pese a las intensivas investigaciones, todavía no hay esperanzas de que se invente algo así.

En el estado actual del conocimiento, el reino del petróleo sobre su indiscutible esfera de acción promete ser muy prolongado y quizá vaya acompañado por el lentísimo agotamiento de reservas cada vez más costosas. Tres cuartas partes de las reservas mundiales convencionales de petróleo que todavía no producen —de 250 000 a 300 000 millones de toneladas en todo el planeta— podrían satisfacer nuestras necesidades durante 100 años o más. La competencia habrá desaparecido. Los países productores estarán en posibilidad de sujetar firmemente el precio de venta al nivel de la fuente energética líquida rival, el de petróleos no convencionales procedentes de arenas bituminosas o el de combustibles producidos a base de gas natural o biomasa, a un precio entre 50 y 70 dólares el barril.

Nos encontramos al final del camino. Los precios son altos y estables. El mercado de compradores se ha transformado completamente en un mercado de vendedores.

Fechas y cifras

Estas alturas probablemente fuera más sensato detenernos. Pero nuestro propósito es fomentar la discusión. ¿Por qué esconder nuestras opiniones detrás de retruécanos del lenguaje? El futurologo no es un profeta. Simplemente trata de hacer algunas reflexiones útiles. Por consiguiente, a continuación

se presentan fechas y cifras que podrían ilustrar las ideas que acaban de exponerse.

a] En un futuro inmediato —tal vez hasta 1988-1990— bien podría incrementarse el riesgo de una nueva reducción de precios del petróleo, como consecuencia de la sobrecapacidad de la producción. Las nuevas capacidades, sobre todo de países no miembros de la OPEP, deberán sobrepasar el incremento de una demanda estancada, o incluso con cifras negativas, y estas capacidades se utilizarán al 100%. Hay muchas posibilidades de que la reducción se lleve a cabo por etapas: uno o dos dólares cada seis meses aproximadamente, y no con un derrumbe repentino. Parece que la primavera de 1986 será crucial. Hay que esperar la buena voluntad de todos para evitar los graves desórdenes que provocaría una caída vertiginosa, como la que ocurrió en 1983-1984, y existen probabilidades razonables de que el precio no descienda a menos de 20 dólares.

b] Aparentemente es muy difícil que mucho antes de 1995 los efectos combinados de la reversión de la demanda de petróleo, por una parte, y la disminución de la producción no procedente de la OPEP, por otra, permitan que la producción de ésta se eleve para alcanzar nuevamente un nivel de 22 a 23 millones de b/d. El efecto de los aumentos de precio y las nacionalizaciones en los países de la OPEP parecen irreversibles. No es muy factible que durante este período (1988-1995) el precio del crudo se eleve por encima de 25 dólares (de 1985). Después de 1995, la producción de los países no miembros de la OPEP podría debilitarse y los precios podrían aumentar con mayor intensidad.

c] La competencia de fuentes energéticas no petroleras —gas natural, carbón y electricidad generada por energía nuclear— ejercerá presión para que baje el precio del petróleo combustible pesado, mientras que la creciente demanda de productos blancos hará que se incrementen sus precios. El resultado podría consistir en un aumento moderado de los precios del petróleo en general y de los precios del petróleo crudo. Existe el riesgo de que el período principal de conversiones a otras fuentes de energía y del "blanqueamiento" del mercado sea prolongado (¿1995-2010 o 2020?).

Como consecuencia del largo período de precios bajos, tal vez la reversión de las tendencias de los precios del petróleo no concluya a fines de este siglo. Probablemente el precio se eleve lentamente, aun ante un intenso crecimiento económico mundial. Los productores de gas y carbón poseen reservas cuantiosas y baratas y también tienen urgencia de venderlas. Esta competencia podría descartar o, cuando menos, atenuar en gran medida cualquier peligro de un eventual tercer choque petrolero.

d] En algún momento entre los años 2000 y 2020 podría surgir el predominio de un mercado de compradores y la soberanía absoluta del "petróleo blanco" en el mercado específico de las fuentes de energía líquida. Entonces el petróleo crudo se alinearía con los precios de fuentes energéticas líquidas no convencionales en alrededor de 50-70 dólares por barril.

El ritmo de reversión de un mercado de compradores a uno de vendedores depende en gran medida de la situación económica, en donde la dimensión y duración del descenso del precio y las tasas de crecimiento demográfico y económico desempe-

ñarán un papel esencial. Para el año 2000 cabe esperar un precio entre 30 y 40 dólares de 1985. Algunos observadores (consenso del Chase Manhattan Bank en 1985) consideran que para entonces el precio más factible será de 22 a 28 dólares por barril. Un nivel tan bajo probablemente implicaría que la renovación de reservas petroleras de países no miembros de la OPEP, así como la recuperación secundaria perfeccionada disminuyeran notablemente, pero también que la conversión en gran escala a fuentes como el gas y el carbón evitara que la OPEP aumente los precios. Éste sería un panorama pesimista para las empresas petroleras y los gobiernos de los países productores, que sufrirían seriamente a causa de su antagonismo mutuo; sin embargo, es posible que esta situación se presente.

Conclusiones

La perspectiva de la historia futura del petróleo resulta muy satisfactoria desde el punto de vista intelectual. En 100 años el mercado habrá concluido un ciclo completo, y para el año 2020 el petróleo habrá vuelto a su papel de abastecedor de una porción limitada del mercado energético, como el que desempeñó antes de la segunda guerra mundial. En los próximos 30 años presenciaremos la transformación del mercado de compradores en un mercado de vendedores, y el paso de una situación en la que el petróleo era sustituible y barato a una en la que el petróleo es insustituible y caro. Sin embargo, no hay que ocultar el hecho de que esta base para la reflexión no puede proporcionarnos las únicas respuestas esenciales de interés para los inversionistas: la duración y amplitud de las fases de esta evolución, especialmente las fechas, los valores, las cantidades y los precios durante los próximos cinco o diez años. Estas cifras clave se encuentran fuera de nuestro alcance y los modelos econométricos simplemente nos ayudan a formular evaluaciones razonables acerca del futuro, tal como lo describen los profesionales. Lo que pueda pasar después del año 2000 no ofrece mucho interés más que en el ámbito académico. Por ende, es necesario establecer claramente que lo que más interesa a las personas encargadas de decidir trasciende a nuestras facultades.

De cualquier manera, de este análisis pueden desprenderse tres elementos de importancia para los próximos años:

- La extrema lentitud de la transformación del mercado petrolero en un mercado de vendedores.

- La esperanza de que puede evitarse lo peor: el derrumbe de precios que arruinaría a docenas de países y cientos de empresas, y la recurrencia de crisis petroleras que el retorno a fuentes energéticas no petroleras podrá traer consigo.

- La importancia decisiva que tienen actualmente factores financieros en relación con factores petroleros reales, como el valor del dólar, el volumen y la proporción de inversiones petroleras, las tasas de interés, el déficit presupuestario de Estados Unidos que define estas tasas, el endeudamiento externo, los presupuestos de los países productores y, finalmente, la fragilidad de algunos bancos. Durante los próximos diez años el precio del petróleo dependerá en gran medida de estos factores financieros, hasta que el retorno del movimiento ascendente de los precios realce nuevamente la importancia constante y fundamental de las fuerzas de la naturaleza, de la ciencia y de la tecnología. □